

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Fuertas, 62, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

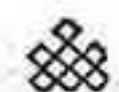
Pas de nouvelles, bonnes nouvelles.

Si por analogía de ideas hiciéramos extensivo el adagio francés á los acontecimientos de España, bien podría decirse hoy que mucho bueno ocurre, puesto que nada nuevo sucede; y cuando digo nada nuevo enténdase que quiero decir nada importante, porque dicho se está que ni han concluido ni llevan trazas de concluir las pequeñeces que constituyen el punto objetivo de nuestros profundos hombres de Estado.

El arreglo de la alta servidumbre; la constitución definitiva del cuarto militar de Amadeo; la oportuna colocación de Pepe Abascal, á quien se disputaban porfiadamente muchos puestos importantes; los terribles peligros de que Ruiz Zorrilla ha salido ileso hasta la presente—en buen hora lo diga;—las inundaciones y las nieves; las interrupciones de las líneas telegráficas; la llegada próxima de la esposa de Amadeo; la aparición de *El Debate*, y el anunciado nacimiento de *La Constitución* (periódico), asuntos son todos que se han explotado por los noticieros y los cabalistas políticos, pero de los cuales nada queda ya por decir; los frios intensos han cesado por ahora, y no se sabe que hayan ocurrido nuevas inundaciones ni que surjan cuestiones nuevas de etiqueta en el alcázar de la plaza de Oriente, de suerte que la sustancia de las conversaciones de café, tan animadas y tan vivas pocos días há, pueden resumirse en esta frase desconsoladora: *Nada ocurre.*



Pero como en los periódicos ha de hablarse necesariamente de alguna cosa, y como de esta imprescindible necesidad resulta la obligación de inventar sucesos cuando los sucesos no existen, han dado los diarios aostistas en la tarea de concebir y publicar rasgos plausibles de Amadeo, rey de los españoles, ó rey de España por la gracia de Dios y la voluntad nacional, según la fórmula aceptada de oficio, bien que si lo de la gracia de Dios es un tanto problemático, lo de la voluntad nacional no pasa de ser gratuito: lo uno compensa lo otro.



El Imparcial y *La Correspondencia* han entretenido sus ratos de ocio dirigiéndose mútuas y regaladas caricias, y han discutido amigablemente acerca de no sé yo qué reuniones celebradas con el fin de formar un comité de elecciones. Sostenía *La Correspondencia* que las reuniones se habían celebrado: afirmaba *El Imparcial* que las reuniones no se habían celebrado: replicaba el primero que sí; contrareplicaba el segundo que no, y con estos dimes y diretes, envueltos en una nube de cariñosos requiebros que edificaban al lector, dejaban correr el tiempo y llenaban espacio. Parece de cualquiera manera que el resultado de esas reuniones, si es que hubo reuniones,—que sí las hubo,—ha sido completamente nulo, y los mismos que las iniciaron han tenido que desistir de sus proyectos, cosa que habrá mortificado de

seguro en su amor propio excesivo al antiguo antidinástico D. Salustiano Olózaga, á quien desde su regreso de Francia nada sale bien, ni aun las elecciones de la Tertulia progresista: todo sea por Dios, y el Señor le dé resignación para llevar con paciencia tanta ingratitud.

Pero si esas reuniones ningún resultado han producido, las celebradas por los unionistas dicen los interesados, y es indispensable creerlos, que lo producirá, y magnífico, pues ya desde las sesiones preliminares ha reinado entre ellos perfecto acuerdo y completa uniformidad de miras.



Si de las reuniones paso á los documentos, debo, á fuer de cronista veraz, decir á Vds. que Ruiz Zorrilla soltó hace pocos días una circular á los directores de su ministerio, circular que *La República Ibérica* insertó en la sección de espectáculos, en lo cual hizo bien, porque realmente por lo aparatosa (si Vds. me lo permiten), por lo altisonante y por otras razones que con facilidad se alcanzan, más parece discurso de relumbron pronunciado para producir ruido, que documento serio, gravemente meditado y escrito para introducir reformas positivas.

Aparte de algunos errores gramaticales, tolerables en la improvisación, pero imperdonables en escritos de esa naturaleza, sobre todo cuando tan elevado origen tienen, hay en la circular de Ruiz Zorrilla una modestia que seduce: el ministro de Fomento reconoce y confiesa que no es infalible, ni aun competente, en lo que es exclusivamente científico: esta manera de reconocer su falibilidad deja por fortuna al profano un pequeño resquicio para entender que, en los asuntos no científicos, el Sr. Ruiz Zorrilla, sobre ser competente, es además infalible, ó como se dice de Dios—negando su omnipotencia—no puede engañarse ni engañarnos.

Reconocida su incompetencia condicional, el señor ministro declara que «pondrá el mayor cuidado para conseguir que en las condiciones externas de la enseñanza haya toda la justicia, todo el rigor, todo el respeto (¿á qué?) que son prenda segura del progreso y de la misma independencia y honra de los establecimientos públicos.»

Yo no sé si este párrafo será verdaderamente de la circular, ó si por involuntario trastrueque habrá ido á parar á la *Gaceta* alguna cuartilla del famoso discurso sobre moralidad pronunciado en la fragata *Villa de Madrid*; sea de esto lo que quiera, no puede negarse que hay entre aquel discurso y estas palabras cierto parecido, que bien podrá ser ese resultado de la consanguinidad que se observa siempre entre los hijos del mismo padre.

Yo, después de haber leído entonces el discurso y de leer ahora la circular, confieso que recuerdo á pesarmio la conocida frase de Hamlet: *Palabras, palabras, palabras*. Hecha esta confesión, no tengo para qué decir que renuncio á examinar el documento soltado por Ruiz Zorrilla, porque amen de no corresponder esa tarea á periódicos como *Gil Blas*, mal podría yo, que soy falible—y no á medias como el ministro—examinar un trabajo que ni entender he conseguido.



Poco menos deben de haber entendido los señores ministros el manifiesto de Cristino Martos cuando á estas fechas ni ese manifiesto se ha publicado ni se cuida nadie de lo que en él se contenía; sin embargo, el manifiesto parece casi de rigor: yo bien sé ¿quién no lo sabe? que tales documentos de nada sirven; sobradamente convencido estoy de que esos programas oficiales son letra muerta, de la cual nadie se acuerda al día siguiente; pero así y todo, si en alguna ocasión podía ser oportuno un documento de esa índole, nunca como ahora por las especialísimas circunstancias en que nos encontramos, y que nada menos son que el comienzo de una dinastía y, según ellos, la iniciación de una dichosa era precursora de un nuevo orden de cosas que, á guisa de *nova progenies, de caelo dimittitur alto*.

Hecha apenas la revolución—con perdón sea dicho—de setiembre, faltó tiempo al ministro de Estado para enviar á todas las potencias la nota diplomática relativa al asunto; hoy, cuando en el carcomido trono que poseyeron *pro indiviso* Carlos IV y el príncipe de la Paz se sienta el fundador en España de una dinastía, se guarda profundo silencio.

Es que, á no dudarlo, era más interesante que cada cual se colocase en su sitio: esto ya está hecho, ó medio hecho: ya tenemos á los ministros en batalla y seguidos de su correspondiente subsecretario, de forma que pronto empezarán á resolverse los más áridos problemas; porque como ha dicho—según por ahí afirman—el presidente del Consejo de ministros, que á veces tiene la sal de su tierra: «Nada nos falta; cada ministro tiene ya su magyar.»

A. Sanchez Perez.

SOLILOQUIO.

Con que tenemos monarquía hereditaria; tenemos quintas; tenemos un clero privilegiado; tenemos pena de muerte... me parece que ya hemos realizado nuestro bello ideal.

De modo que sin derramamiento de sangre, sin conflictos económicos y sin ningún profundo trastorno hemos llevado á efecto una de las más gloriosas revoluciones.

¡Cómo nos deben de estar contemplando los demás pueblos cultos!

Los que en los primeros momentos creyeron acaso que aquel universal y continuo borrar y derribar coronas reales de los edificios públicos era una manifestación de los sentimientos de todo el pueblo español, y que en su consecuencia íbamos á vernos privados para siempre de la benéfica sombra de la monarquía, ¡qué chasco se llevaron!

No: es que, de veras, el petardo que hemos dado á Europa es de los pocos que las historias registran.

Todos los extranjerotes, cual más, cual menos, imaginaron que una revolución hecha con el auxilio del elemento democrático, y sobre todo después de los programas de las juntas y de las manifestaciones populares, se inauguraría aboliendo disparatadamente las quintas, dando el primer paso contra el secular y venerando militarismo; y ya se echan á reír pensando en el ridículo papel que íbamos á re-

presentar el día que cayéramos en aberración semejante... ¡Estúpidos! No adivinaban que nuestro entusiasmo no nos hacía sordos á la voz de la cordura, de la tradición, de las necesidades públicas. No esperaban que á lo mejor de aquel arrojito volviéramos en nuestro acuerdo, y con seso y con templanza desecharíamos toda utopía contraria á la realidad posible.

Me alegro por los que ya se preparaban á regocijarse con nuestra desgracia. ¡Anda! ¡Pagamos ochocientos millones de presupuesto de Guerra! ¡Anda! ¡Que rabien los de extranjería!

Y digan lo que quieran, nuestra revolución ha sido la más razonable que se ha hecho en Europa.

¿Habíamos de desatender al clero? De ningún modo. El pueblo español es eminentemente católico: por ese sentimiento sería capaz de las más increíbles acciones. No sé si sería capaz de sustentar al clero voluntariamente; pero, en fin, en la duda lo más acertado es lo que se ha hecho. Malo es que el clero sea carlista; pero al fin es monárquico: las leves diferencias entre los que profesan unas mismas ideas sobre lo fundamental, acaban por desaparecer más ó menos tarde, y la que nos separa del clero desaparecerá, sobre todo pagándole pronto.

Nada, nada: debemos estar satisfechos. Las leyes y las costumbres de un pueblo no se trastornan por el capricho de unos cuantos excéntricos.

La pena de muerte goza de la sanción de los siglos: forma parte de nuestro modo de ser... y de no ser: nuestra historia, nuestra literatura, nuestros sábios códigos nos la recuerdan á cada paso: las mismas lápidas que ornán el salón de Sesiones del Congreso nos hacen meditar en ella de continuo; y ahora que somos dueños de nuestros destinos ¿habíamos de destruir seculares instituciones?... ¡bah!

Lo tengo dicho: en las revoluciones en que interviene de buena fé el elemento conservador, no naufragan los grandes intereses sociales; prevalecen sobre la embriaguez de la muchedumbre el elevado sentido práctico y el instinto de la propia salvación. Afortunadamente ha sucedido así. Tenemos...

Son las diez: tengo sueño y cincuenta mil reales de sueldo...

La revolución ya está hecha... Me voy á acostar.

Por la copia,

Roberto Robert.

¡QUÉ ESCÁNDALO!

Las huestes ministeriales están estos días escandalizadas, pero escandalizadas en grado superlativo.

Reconozco que hay motivo para esto y para mucho más.

¡Como que ven coaligarse á la oposición para atacar al gobierno parlamentariamente! ¡Cuánto dolor de estómago preveo!

Veán Vds. si tienen razón para escandalizarse. Todas sus oraciones, todas sus plegarias, todas sus protestas se han convertido en una frase: ¡Qué escándalo!

Ya han olvidado los unos sus brindis á la sobriedad, los otros han callado sus discursos de moralistas, los vivos á la democracia se han apagado, las manifestaciones de liberalismo no se oyen *point*.

Cada ministerial es hoy una máquina que repite sin cesar de día y de noche:

—¡Qué escándalo! ¡Unirse los que pagan para hacer la guerra á los que cobramos!

Es decir, estas mismas frases no las pronuncia ninguno en voz alta, pero es cosa segura que las piensan muchos, y las piensan con razón: ¿qué es eso de coaligarse los republicanos? Bueno fuera; ¿acaso entienden ellos algo de coaliciones?... Buena cosa entenderán ellos cuando nunca acertaron á repartirse el más insignificante dividendo de esas contribuciones *indirectas* que se cobran á tiros.

Si entre los mencionados ministeriales hubiera elementos suficientes para formar una conciencia... buena ó mala, pero, en fin, conciencia observadora, seguro estoy de que cada soliloquio de esa conciencia valdrá más que... la Constitución democrática (?) de 1869—que no se cumple.

Porque esa conciencia se diría (vamos al decir):

«Pero, señor, nos quejamos de la coalición opositora; ¿pues no estamos nosotros también coaligados para ocupar los puestos de honor?»

«Demos vuelta á la alforja y no llevemos nuestros

vicios á la espalda, que así no podemos examinarlos.

«¿Estamos nosotros coaligados?—Claro que sí.—Y ya que acusamos á nuestros contrarios de que los elementos que forman su liga son antitéticos, ¿por qué no examinamos los que forman nuestra coalición?»

«Veamos: aquí están unidos y compactos repartiéndose el poder:

«Los que aborrecieron las quintas y los que las han adorado siempre.

«Los partidarios de la libertad de imprenta y los que defienden la fiscalía.

«Los que se sublevaron en 1866 y los que fusilaron á aquellos sublevados.

«Los que entonces pidieron *siete autorizaciones* y los que huyendo de ellas se fueron al extranjero.

«Los que aquel año dictaron sentencias de muerte y los que eran condenados.

«Los que en el Congreso han hablado contra el catolicismo y los que han besado el anillo al obispo de Jaén.

«Los que gritaron: ¡radicales, á la defensa! y los que salieron derrotados en aquella batalla.

«Los adictos á Espartero, los defensores de Montpensier, los entusiastas del Puigmoltejo, los partidarios de D. Fernando, y los de Hohenzollern, y los de Génova, y los que no tenían candidato, y los que le han tenido á última hora.

«*Et sic de ceteris.*

«Pues bien, si tan encontradas opiniones y tan encarnizados enemigos nos hemos reunido para comer; si un destino ha modificado nuestra opinión, ¿con qué derecho pedimos cuentas al que paga, al que pide moralidad, justicia, economías, respeto á la ley, y se une al primero que encuentra para combatir al enemigo común?»

«Aquí estamos los unionistas, que hemos dicho mil pestes de los demócratas; los demócratas, que han llamado doctrinarios á los progresistas, y los progresistas, que han renegado de unos y de otros. ¿Y formamos coalición? ¿Y vivimos? ¿Y comemos juntos? ¿Y nos atrevemos á escandalizarnos de la coalición de las oposiciones?»

«No, no más farsa. Pero ¿qué oigo? El estómago me declara en estado de sitio. Calleemos, ó mejor aun, gritemos:

«*Pero, señor, ¡qué escándalo! ¡Qué monstruosa coalición!*»

Esto, y algo más que callo, diría una conciencia ministerial, si posible fuera encontrarla.

Pero, es cosa sabida, cuando quieren Vds. poner paz entre un demócrata (?), un progresista y un unionista que disputan acerca de los derechos individuales, no tienen más que gritar como en una zarzuela bufa: «¡Señores, se abrió el *buffet!*»

Este grito establece la calma chicha en el alborotado mar de los aduladores de...

(Se me apagó la luz.)

CORZUELO.

SORPRESAS.

La política es como esas cajas que aparentemente están llenas de dulce gragea, y de pronto, saltando lo aparente, muestran una inesperada figura de largos pelos y anchas manos.

¿Quién había de decir que el grito de ¡Viva la libertad! en 1868, había de terminar con una monarquía hereditaria, saboyana y democrática?

Para que luego se vayan á fundar esperanzas en revoluciones y gritos.

La intervención de los demócratas en las Juntas y en los más altos centros dió motivo á que se supusieran también una porción de absurdos.

Cuando menos, medito programa de *La Discusión* entreveíamos algunos detrás de aquellos nombres que hasta entonces habían sido objeto de vivos odios de parte de los conservadores. Y saltaron los dulces, y apareció también en esto el monigote.

Han pasado dos años y la revolución no se halla bien sino con municipios que nada tienen que ver con el sufragio universal, ni le han visto ni conocido.

La revolución ha tenido que desarmar á gran parte de su Milicia, creando guardias negras de gente especial, que en algunos sitios, como en Villanueva y Geltrú, son el azote de los revolucionarios.

La revolución ha creado el privilegio del clero católico.

La revolución, en fin, se ha mostrado tan ingeniosa en inventar sorpresas, que se podría poner á fabricar linternas mágicas y serviría más para eso que para regenerar países.

¡Ah, qué bien dicen las madres de familia á los pollos que les pretenden las hijas! No se meta Vd. en revoluciones; déjese Vd. de revoluciones, les repiten á cada paso, y las más tontas aciertan en esto.

Los demócratas se han tomado una porción de molestias durante el período revolucionario, ¿y todo para qué?

Sus antiguos enemigos solos, habrían hecho todo lo que entre las tres fracciones han realizado.

Desde que el ministro Domenech en un momento de mal humor abolió los pasaportes, cosa que no habían sabido hacer los progresistas, estoy convencido de que para hacer revoluciones no hay como el partido conservador.

Tarde ó temprano, ellos son los que hacen y consolidan las innovaciones con más acierto y más formalidad que toda esa cáfila de liberales que predicán lo infinito en la oposición y en el poder se ahogan en un vaso de agua.

Ahora mismo, la pobre Constitución no hace más que quejarse de continuo, y no será por cierto porque las turbas armadas, ni los clubs, ni la minoría parlamentaria la mortifiquen.

¡Liberales! No hay palabra que me inspire más desconfianza.

Ahora, ahora van Vds. á ver lo que sale de los colegios electorales.

Recuerden Vds. el resultado de las primeras elecciones; piensen en ciertos nombres que, rodeados de esplendente prestigio, obtuvieron innumerables sufragios, y ya me sabrán decir si se ha echado á perder ó no la máquina de las sorpresas.

La colada que van á tener que pasar ciertas actas va á costar miles de reales de jabón.

Ya se preparan hace tiempo ciertos muñidores para cuando llegue el caso, así como Arderius á fin de temporada dispone trajes, escotillones y rompimientos para la temporada próxima.

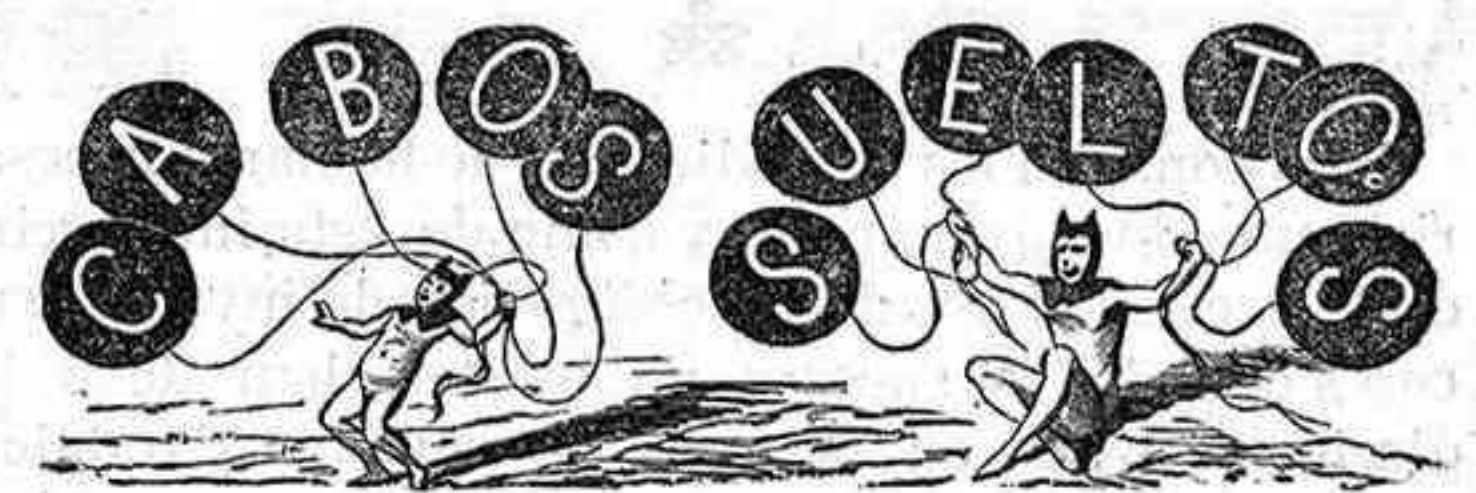
Han visto Vds. políticos muy isabelinos hasta el 31 de diciembre, comenzar el año endosando el uniforme de la revolución. Pues como esto van Vds. á ver mucho. Estoy en el secreto, y si no estuviera en él, lo sucedido me diría lo que está pronto á suceder.

Hay ahora en España una casa que da, y como donde las dan las toman, el infinito número de españoles dedicados exclusivamente á tomar corren todos á la casa.

Lo mejor que va á suceder es que...

Pero no, no lo digo. Quiero reservar á Vds. el placer de otra sorpresa.

Roberto Robert.



—¿Por qué dice Vd. siempre que tenemos monarquía hereditaria? ¿Por qué no dice democrática?

—Hombre, porque lo primero puede ser mañana un epigrama.

—¿Y lo segundo?

—¡Oh! lo segundo, ¡ya lo ha sido!

✱

Un ministro.—Señor diputado: Vd. no cree en las exageraciones y falsedades de ese periódico, y á pesar de eso paga Vd. la suscripción.

El diputado.—Señor ministro, tampoco creo en la religión católica, y á pesar de eso me la hace usted pagar. (*Vánse.*)

✱

A pesar de la distancia que nos separa de *El Debate*, confesémoslo: tiene razón al decir que elementos que se llaman liberales, y tienen escasisísima influencia en el país, bullen y se agitan en la corte.

En cuanto á que se multipliquen, no estamos conformes. Son elementos morigerados; pero se multiplicarán, se multiplicarán.

✱



—Ponte bien esta corbata, hombre, y á ver si sabes saludar; no digan que no has tenido roce de gentes; no se te olvide preguntar por la parienta.

—Ó poco he de poder, ú hoy quedo nombrado proveedor de S. M., y veré si puedo hacer que el chico meta la cabeza. *¡Cierro que el chico, promete; pero no importa; adelante; que aquí el calgo, el mar roquete; y algo, y algo el tumbante.*

¿Creerian Vds. que del producto de las bulas pudiesen pagarse cargas que ascienden á 198.515 pesetas?

Pues el gobierno lo cree y deja lo demás de su producto para el culto.

¡Y luego ponderan la invencion del vapor!

Despues de la bula y el purgatorio, las demás invenciones son bagatelas.

Dícese que hay nécios que amenazan con anónimos pavorosos á los personajes de la situacion. Y dicen que hay nécios en la situacion que hacen caso de las amenazas de los personajes anónimos.

Ya se ha formado una empresa, que más allá de los mares va á fundar una colonia de infalibles é inviolables.

La República Ibérica ha tenido que hacer provision de abogados para precaverse con las denuncias de esta época, que es como si hubiese comprado carretadas de leña para librarse de los rigores de la estacion.

Cuando veo un pavo con sus grandes alas y que sin embargo no vuela, no me atrevo á censurarle. Nuestra libertad de imprenta es como las alas del pavo.

Debajo de una corona ví una cabeza real. Debajo, el trono; debajo, del pueblo la majestad.

Parece que Cristino Martos tropieza con dificultades para restablecer las antiguas direcciones del ministerio de Estado.

Pero el ministro, que no se para en barras, ha cogido, y con toda energia ha renunciado á sus propósitos.

Si me gustan á mí los hombres de talento es porque son así, acomodaticios y de buen componer.

«No hay medio de reñir con ellos, ¡carape!» dirá el señor ministro de Hacienda.

Ahora está delicado el Pontífice. ¡Pobre pastor! Sus ovejas están matándole á disgustos. A bien que él tiene asiento seguro en el paraiso.

Hasta el 1.º de enero de 1872 no será obligatorio entre los particulares expresar en pesetas y en céntimos de pesetas los valores.

¡Ah! ¡Bah! ¿Pues qué, para el 1.º de enero habrá algun particular que tenga pesetas?

Los radicales querian que los consabidos *ciento noventa y uno* fuesen *revotados* en las próximas elecciones.

Contra esa pretension está la ley en virtud de la cual solo puede haber en el Congreso *cuarenta* empleados.

Duro trance me parece que será este. Hombre, en la necesidad de optar entre la diputacion y el empleo, ¿no podria discurrirse un medio para quedarse con ambas cosas?

Aquí de la travesura; ¡que no se diga!

El gobierno de Berlin se propone contratar un empréstito de muchos millones.

La gloria de los reinados brilla mucho; pero cuesta poco á los reyes.

Ya están Vds. viendo.

Muchos millares de hombres muertos.

Muchos millones de reales gastados.

Esto lo pone el pueblo.

En cambio, ¿cuánta gloria no ha conquistado Guillermo?

Calle Vd., si sólo en pensarlo me muero de envidia.

El Sr. D. Saturnino Martinez ha tenido la amabilidad, que en el alma le agradecemos, de remitirnos desde la Habana un elegante tomo de sus poesias, precedido de un prólogo escrito por el conocido poeta Martinez Villergas.

Tenemos completa seguridad de que, al leer las poesias del Sr. D. Saturnino Martinez, experimentaremos tanto placer como gratitud hemos sentido al recibir la obra.

El decreto de Moret para la emision de los cuatrocientos millones en billetes del Tesoro ha producido muy buen efecto segun los periódicos ministeriales.

La Bolsa sufrió en los mismos dias una pequeña baja; pero eso no le hace.

Es el mismo buen efecto.

Un periódico progresista llama á un colega federal mason (*¡vade retro!*), herege (*anathema sit*), excomulgado (*¡horror!*), y sobre todo eso le llama liberal de pega.

Continúan, como se ve, en la prensa progresista las lecciones prácticas de buena crianza.

Parece que el Sr. Bardon, rector de la Universidad central, se ha propuesto tratar á los catedráticos como reclutas.

Bien hecho, duro en ellos.
Esos profesores son mala gente, créame Vd. á mí.
¡Mala peste en ellos y en todos los que enseñan!
A ver entre unos y otros acabamos con la mala semilla del profesorado.

El ministro de Italia en Madrid entregó ayer en la secretaria de Estado una ó dos gruesas de diplomas de cruces de su país para empleados españoles.
¡Y pensar que son efímeras todas las glorias de este mundo!

Ayer celebraron dos conferencias el presidente del Consejo de ministros y el director de *La Política*.
¡Hombre, hombre!
Los oficiales del ministerio de la Guerra han sido presentados á Amadeo, no por el ministro, sino por el subsecretario.
¡Demonio, demonio!

Aventuras clericales. Los curas párrocos se niegan á facilitar certificaciones de estado y existencia de los individuos pertenecientes á clases pasivas.
Todo lo que no sea contemplativo repugna al sacerdocio.

Eso de cobrar por trabajar... les causa un horror invencible.
—Se asegura que la actitud del episcopado español es cada día más benévola al gobierno.

Como consecuencia se anuncia una reconciliación, varias pagas, un gran sobreesimiento en los procesos...

Ya dijimos días pasados que no temíamos catástrofe alguna en el ramo episcopal.

—No sólo en Vélez-Málaga, sino también en Málaga mismo, se ha opuesto el obispo de la diócesis á que se celebren honras fúnebres por el general Prim.

Recuerdo que un día, interpretando mal unas palabras de Castelar, exclamaba el desgraciado conde de Reus: «¡Federales habian de ser los que me negasen sepultura en mi patria!»

Se equivocó, ¡y no sospechaba lo que le iba á negar el clero, en cuyo favor habia votado ciento setenta millones de reales!

Me convendría que resucitara y lo viese.
—Se nos amenaza con que el clero va á jurar la Constitución...

¡Pobres de nosotros! El clero va á cobrar, salga de donde saliere.

Está visto: nunca tendrá estímulo el trabajo en España.

El jurar en el ocio es lo único descansado y productivo.

—Los caballeros de Santiago han enviado un regalo de 13.270 rs. al Sr. de Pio nono.

¡Pobrecito! Unos por un lado, otros por otro, no hacen más que obligarle á ocuparse en asuntos del vil metal que llaman oro.

¡Esto, esto es padecer!

¿Qué papel es ese de nadie leído y de todos comentado?

—El manifiesto de Martos.
—¡Adivinaste, picarillo! Creí que ibas á decir la carta de Urias.

El gobierno da un grande ejemplo de templanza en usar del derecho de manifestación.
Por eso no publica el manifiesto.

El día siete de enero me preguntaron mis hijas: «¿Qué te han traído los Reyes?» Yo les mostré mis heridas.

La Iberia excita el celo de sus amigos políticos para que en las próximas elecciones luchen contra los partidos contrarios á la situación.

¿Ahora estamos ahí?
Creía yo que eso no era necesario decirlo.
A estos demonios de progresistas es preciso aguijonearlos á cada momento.
Son casi tan parados como los bueyes, aunque sea mala comparación.

Receta para levantarse temprano. Prestarás dinero á uno que se vaya en el primer tren de la mañana siguiente, y es seguro que madrugarás.

Nota. No le prestes mucho, si no quieres pasar toda la noche desvelado.

¿Creerán Vds. que todavía no anda la máquina del registro civil?

Es que si no lo creen, peor para Vds., porque es verdad.

El domingo último fué un ciudadano á tomar un hacha para acompañar al Viático.

Mi hombre fué alumbrando á casa del enfermo, se volvió á la iglesia de San Martín, donde habia gran fiesta, y en un periquete se encontró con que habia ganado qué sé yo cuántas indulgencias:

Relojes solo le robaron uno, porque no llevaba más.

Cuando la lluvia benéfica va cayendo gota á gota, y reverdece la espiga y alza su cáliz la rosa, llora el labrador de júbilo, y yo de verme las botas.

Segun todas las noticias, los hielos actuales durarán más que el ministerio.

Hay quien supone que llegaremos á marzo...

—¿Con estos ministros?

—No, tranquilícese Vd.; con estos hielos.

Aboga con laudable celo un periódico para que se devuelvan á doña Isabel de Borbon todos los objetos de su pertenencia que hay en España.

Calmado, aunque no olvidado, el odio que inspiraba aquella señora, creemos que en efecto debe devolverse todo lo que era suyo.

Estamos seguros de que ella también de buena gana nos devolveria, si fuese posible, las vidas de los que murieron por su causa; pero... ya sabemos que no puede ser.

¡No puede devolvernos ni una de aquellas innumerables víctimas!

Si no, con mucho gusto.

El conde de Chambord ha protestado contra el bombardeo de París.

De manera que Francia está salvada.

Los hombres que cobran hoy día consideraban como lo bello ideal de la revolución el que todos los demás partidos se uniesen para darles fuerza.

Hoy anuncian con anticipado horror el proyecto de unión entre varios partidos para combatirles.

¡Qué coquetona es la lógica ministerial!

¡Coqueta y jamona! No digas más.

Para los conservadores *in extremis* la casa de Orleans es la esperanza y el porvenir de los franceses.

En efecto. ¡Cómo pelea la casa de Orleans contra el extranjero!

¡Cómo padece hambres y pestes!

¡Cómo dirige los negocios públicos!

¡Cómo sostiene el espíritu de patriotismo!

¡Cómo la bombardearon á la famosa casa de Orleans!

¡Oh, sí! La casa de Orleans es... ¿Me sabe Vd. decir en qué calle está situada la casa de Orleans?

El hermano del malogrado Noy de las Barraque tas se halla preso y sin comunicación en las prisiones de San Francisco.

Dicen que es con motivo del asesinato del general Prim.

El gobierno ó el juzgado habrán descubierto que los tiros fueron disparados desde ciento diez leguas; porque á esa distancia de Madrid se hallaba Martí cuando sucedió el hecho.

Las elecciones próximas van á ser modelo de libertad de sufragio.

Anteayer ocurrió un lance desagradable entre dos personajes elevados, sobre las condiciones de cierto juez.

Comprendo ahora que los ministeriales miren con mal ojo la coalición de las oposiciones.

Compañeros, no hay que darle vueltas; aunque el gobierno se volviera tarumba, no tiene para tantos.

La guerra de Cuba toca á su término.
Ese término es como la sinfonía de *Semiramis*.
¡Tiene mucho que tocar!

Leo en *El Canton Valenciano*: «Odiarnos cordialmente la monarquía...»

Por cierto que me hace reír...

—¿Quién, *El Canton* ó la monarquía?

—Adivínelo Vd.

D. Manuel de la Concha ha sido nombrado para recibir á la esposa de Amadeo.

Estaba escrito que ese nombre se asociase á la marcha y á la venida de las reinas.

Lo malo es que hay quien sospecha que hace mal de ojo.

Gonzalez Brabo se presentará candidato á las próximas Córtes.

Ni extrañaré esto, ni extrañaria que fuese elegido. Somos así los españoles.

—¿Quiere Vd. decirme por qué *El Debate* se titula *El Debate*?

—Hombre, porque así ha parecido conveniente á su fundador.

—Pues mire Vd., es lástima; si señor, es lástima que lleve título poco español un periódico tan bien escrito.

¿Observan Vds. cómo hace algun tiempo ningun país se queja de los soberanos que destronó?

Es que bien mirado...

Pero,

«¿Qué ha de hacer un pobre día blo sin medios para pecar?»

Va á resucitar *El País*.

Vamos, no estaria bien muerto.

Dice un amigo mio que los reyes son como los callos.

Puestos en el pié, duelen mucho.

Colocados en una caja, no molestan.

Dicen que un pavo cuesta hoy día en París noventa francos.

De suerte que muchos políticos que aquí no valen nada, adquiririan gran valor en París.

Ahora me explico por qué hay quien desea tanto hacer ese viaje.

Pero ¿cuándo vamos á saber lo que ocurre en la Universidad?

¡Qué mosca ha picado á nuestros hombres públicos!

En palacio disidencias.

En la Universidad disturbios.

A ver, ¿quieren Vds. hacerme el favor de tener juicio? ¡Qué mareo!

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FÁBRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfección en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razón y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fábrica puede visitarse libremente.

A LAS MADRES DE FAMILIA.



Yo exhorto á estas señoras á que hagan uso de mi *Acete de bellotas con savia de coco equatorial* para los cabellos de sus hijos (hasta los de más tierna edad), pues además de ser el descubrimiento más inocente que se conoce, aleja los insectos, quita la caspa, costuras, usagre y comezon, y forma la base para obtener una limpia, sana y abundante cabellera.—El inventor L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA.

Exijase mi rubrica, prospecto y nombre en el vidrio, porque hay falsificadores. Se vende á 6, 12 y 18 rs frasco, calle de las Tres Cruces, 1. principal, y Jardines, 5, vidrieras verdes.

NOTA. Vendemos el *Café de bellotas, estomacal*, á 8 y 12 rs. caja de una libra.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.